

## NOTA A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

A indicación de las autoras, se ha mantenido en el idioma original una serie de términos relativos al imaginario de su invención. A continuación, y a modo de guía, se glosan los más relevantes, con una breve explicación en castellano a fin de facilitar la comprensión por parte del lector hispanohablante.

**CASTER:** seres que conviven con los humanos y ejercen diferentes poderes mágicos. Caster deriva de la expresión *cast a spell* (lanzar un hechizo).

**CATACLYST:** natural que se ha vuelto hacia la Oscuridad.

**EMPATH:** Caster capaz con una sensibilidad tan especial que es capaz de usar los poderes de otro Caster de forma temporal.

**HARMER:** dañador.

**HUNTER:** cazador.

**ILLUSIONIST:** Caster capaz de crear ilusiones.

**LILUM:** quienes moran en la Oscuridad.

**MORTAL:** humano.

**NATURAL:** Caster con poderes innatos y superiores a los demás de su especie.

**SHIFTER:** Caster capaz de cambiar cualquier objeto en otro durante todo el tiempo que desee.

**SYBIL:** Caster con el don de interpretar los rostros como quien lee un libro con sólo mirarte a los ojos.

**SIREN:** Caster dotado con el poder de la persuasión.

**THAUMATURGE:** Caster con el don de sanar.



*«La oscuridad no puede conducirte fuera de la oscuridad:  
sólo la luz puede hacer eso.  
El odio no puede conducirte fuera del odio;  
sólo el amor puede hacer eso».*

*Martin Luther King Jr.*



## ANTES

### EN MITAD DE LA NADA

SÓLO HABÍA DOS clases de vecinos en nuestra ciudad, según los había clasificado cariñosamente mi padre: «Los estúpidos y los catetos» y «aquellos que no son capaces de irse o son demasiado torpes para hacerlo, cuando todo el mundo encuentra manera de marcharse». No tenía idea de en qué categoría se situaba él, pero nunca tuve el coraje de preguntárselo. Mi padre era escritor y vivíamos en Gatlin, Carolina del Sur, porque era lo que los Wate habían hecho siempre, desde que mi trastatarabuelo Ellis Wate luchó y murió al otro lado del río Santee en la Guerra de Secesión.

Pero la gente de este lugar no la llamaba Guerra de Secesión. Cualquiera con menos de sesenta años la denominaba la Guerra entre los Estados, mientras que quienes superaban esa edad la llamaban la Guerra de la Agresión del Norte, como si el norte hubiera empujado al sur a la guerra por culpa de una bala de algodón. Todos, eso sí, menos mi familia; nosotros sí la llamábamos la Guerra de Secesión.

Una razón más por la cual no podía esperar a marcharme de aquí.

Gatlin no era como esas ciudades pequeñas que se ven en las películas, a menos que fuera una de hace cincuenta años. Estábamos demasiado lejos de Charleston para tener un Starbucks o un McDonald. Todo lo que teníamos era un Dairy Kin, pues los Gentry eran demasiado tacaños para comprar todas las letras necesarias cuando adquirieron el Dairy King. La biblioteca aún usaba fichas en papel, el instituto tenía pizarras de tiza y la piscina municipal era el lago Moultrie, con su cálida agua marrón y todo eso. Se podía ir a ver una peli al Cineplex casi a la misma vez que salía en DVD, pero había que darse el paseo hasta la escuela universitaria de Summerville. Las tiendas estaban en Main Street, las casas de los ricos en la calle paralela al río

y todos los demás vivían al sur de la Route 9, donde el pavimento se cuarteaba en trozos de cemento, fatales para andar, pero estupendos para tirárselos a algún pósum cabreado, el animal más hurraño del mundo. Ésas son cosas que nunca muestran las pelis.

Gatlin no era nada complicado; era simplemente Gatlin. Los vecinos, sofocados, vigilaban desde sus porches bajo el calor insoportable a la vista de todo el mundo, pero no podía ser de otra manera, pues jamás había cambiado nada. Al día siguiente comenzaría el colegio, mi primer día de segundo curso en el instituto Stonewall Jackson, y ya me sabía de memoria todo lo que iba a ocurrir, dónde iba a sentarme, con quién hablaría, los chistes, las chicas, y dónde aparcaría cada uno.

No había sorpresas en el condado de Gatlin. La verdad, éramos un auténtico epicentro en mitad de la nada.

Al menos, eso pensaba yo mientras cerraba mi baqueteada copia de *Matadero 5*, desconectaba el iPod y apagaba la luz en aquella última noche de verano.

Pensándolo bien, no podía haber estado más equivocado.

Había una maldición.

Había una chica.

Y al final, una tumba.

No me lo vi venir de ninguna de las maneras.

## 2 de septiembre

### SUEÑO MODO ON

CAÍA.

Iba en caída libre, precipitándome en el vacío.

—¡Ethan! —me llamaba ella, y el sonido de su voz bastaba para acelerar mi corazón.

—¡Ayúdame!

También ella se desplomaba en el vacío. Estiré el brazo para cogerla, pero aunque lo alargué cuanto pude, mi mano se cerró vacía. No había tierra alguna bajo mis pies, aunque intentaba abrirme camino en el fango. Nos tocamos con la punta de los dedos y vislumbré chispazos verdes en la oscuridad.

Ella se deslizó entre mis dedos y percibí una sensación de pérdida.

Aún retenía ese olor suyo a limones y tomillo, pese a que no había podido sujetarla.

Y no podía vivir sin ella.

Me senté de golpe, intentando recuperar el aliento.

—¡Ethan Wate! ¡Levántate! No me vas a llegar tarde a clase el primer día —escuché gritar a Amma desde el piso de abajo.

Concentré la mirada en un parche de tenue luz que destacaba en la oscuridad. Se oía el tamborileo lejano de la lluvia contra los viejos postigos de estilo colonial. Seguramente llovía y ya era por la mañana. Debía estar en mi cuarto.

Hacía calor y humedad en el dormitorio a causa de la tormenta. ¿Por qué tenía la ventana abierta?

El corazón me atronaba. Permanecí tumbado de espaldas en el lecho y el sueño se diluyó, como ocurría siempre. Estaba a salvo en mi habitación, en nuestra vieja casa, en la misma chirriante cama de

caoba donde habían dormido por lo menos seis generaciones de Wate antes que yo y donde la gente no se caía por agujeros negros de fango, y nunca jamás pasaba nada.

Me quedé mirando el techo de escayola, pintado de color azul cielo para que los abejorros carpinteros no anidaran allí. ¿Qué me estaba pasando? Ese sueño se me repetía desde hacía meses, aunque no conseguía recordarlo entero nunca. Siempre me acordaba de la misma parte. La chica caía y yo también, debía sujetarla, pero me resultaba imposible, y le iba a ocurrir algo terrible si se me escapaba, pero ahí estaba la cosa: no se me podía escapar y no podía perderla. Era como si estuviera enamorado de ella aunque no la conociera. Una especie de amor *antes* de la primera vista.

Y todo esto parecía una locura, ya que sólo era una chica en un sueño, y ni siquiera conocía su aspecto. No tenía ni la menor idea de cómo era. Tenía este sueño desde hacía meses, pero en todo ese tiempo no había visto su rostro ni una sola vez o no podía recordarlo. Mi única certeza era ese sentimiento de angustia en mi interior cuando la perdía. Cuando se me escapaba entre los dedos, el estómago me daba un salto, como cuando vas en una montaña rusa y el carricoche se hunde en el vacío.

Mariposas en el estómago. Vaya metáfora de mierda. Más bien parecían abejas asesinas.

Quizá se me estaba yendo la bola o a lo mejor es que me hacía falta ducharme. Llevaba los auriculares puestos y al echarle una ojeada a mi iPod descubrí allí una canción que no reconocí.

*Dieciséis lunas.*

¿Qué era eso? La pulsé. Era una melodía evocadora e inquietante. No podía identificar la voz, pero tenía la sensación de haberla escuchado antes.

*Dieciséis años, dieciséis lunas,  
Dieciséis de tus miedos más íntimos.  
Dieciséis veces soñaste con mis lágrimas  
cayendo, cayendo a lo largo de los años...*

Era un poco deprimente, espeluznante... y algo hipnótica.

—¡Ethan Lawson Wate! —volvió a gritar Amma por encima de la música.

La apagué y me senté en la cama, echando hacia atrás las cobijas. Las sábanas parecían llenas de arena, pero yo sabía qué era, polvo, y

tenía las uñas manchadas de fango negro, como la última noche que había tenido el sueño.

Arrugué las sábanas y las escondí en la cesta de la ropa sucia bajo la sucia sudadera de entrenamiento que me había puesto el día anterior. Me metí en la ducha e intenté olvidarlo mientras me frotaba las manos y las últimas briznas de mi sueño desaparecían por el sumidero. Si no pensaba en ello, era como si no hubiese ocurrido. Ésa había sido mi actitud ante las cosas en los últimos meses.

Pero no en lo referente a ella. Eso no podía evitarlo, siempre estaba pensando en ella. Volvía una y otra vez al sueño, incluso aunque no pudiera explicarlo. Esto se había convertido en mi secreto y no había más que hablar. Tenía dieciséis años y me había enamorado de una chica que no existía, estaba perdiendo la cabeza poco a poco.

Daba igual con cuanta fuerza me frotara, no podía refrenar el latir alocado de mi corazón. Y seguía oliendo a limones sobre el aroma del jabón Ivory y el champú marca Stop & Shop. Sólo un poco, pero ahí estaban.

Limones y tomillo.

Bajé las escaleras hacia la tranquilizadora cotidianeidad de las cosas. En la mesa del desayuno, Amma había colocado delante de mí un plato de la misma vieja vajilla de porcelana azul y blanca —la porcelana de los dragones, como la llamaba mi madre— lleno de huevos fritos, beicon, tostadas con mantequilla y sémola de maíz. Amma, nuestra asistenta, venía a ser para mí un poco como una abuela, salvo porque era más lista y tenía peores pulgas que mi abuela de verdad. Prácticamente me había criado y se había tomado como una misión personal hacerme crecer otros treinta centímetros más, a pesar de que ya medía cerca del metro noventa. Sin embargo, esta mañana, cosa extraña, tenía mucha hambre, como si no hubiera comido en una semana. Engullí un huevo y dos trozos de beicon y me sentí mejor. Le sonreí con la boca llena.

—No me agobies, Amma. Es sólo el primer día de instituto. —Me plantó delante con un golpe un vaso gigante de zumo de naranja y otro aún más grande de leche, leche entera, la única que bebíamos por allí—. ¿No queda batido de chocolate?

Yo consumía batidos de chocolate con la misma facilidad que otra gente bebía Coca cola o café. Ya desde por la mañana ansiaba pegarme mi siguiente chute de azúcar.

—A.C.O.S.T.Ú.M.B.R.A.T.E. —Amma tenía una entrada de crucigrama apropiada para cualquier cosa, cuanto más larga mejor, y le gustaba usarlas. La manera en que te las deletreaba letra por letra, hacía que me pareciera sentirlas sobre mi cabeza como un golpe tras otro, una y otra vez—. Ya sabes, mejor será que te hagas a la idea. Y no te vayas a creer que pondrás un pie fuera de esa puerta sin antes haberte bebido la leche.

—Sí, señora.

—Ya veo lo elegante que vas.

Pero eso no era cierto. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta deslucida, como la mayoría de los días. Eso sí, todas tenían leyendas diferentes y en ésta ponía: «Harley Davidson». Y llevaba los mismos Chuck Taylors negros que usaba desde hacía ya tres años.

—Pensé que ibas a cortarte ese pelo —lo dijo como echándomelo en cara, pero yo me di cuenta de lo que era en realidad: nada más y nada menos que sincero afecto.

—¿Y cuando he dicho yo eso?

—¿Acaso no sabes que los ojos son las ventanas del alma?

—A lo mejor es que yo no quiero que nadie mire dentro de la mía.

Me castigó con otro plato de beicon. Amma apenas alcanzaba el metro y medio, y probablemente era más vieja que la misma porcelana de los dragones, a pesar de lo cual insistía en todos sus cumpleaños en que sólo había cumplido cincuenta y tres, pero no era sólo una afable señora mayor, sino que constituía la máxima autoridad en mi casa.

—Bueno, no creas que te vas a ir con el pelo mojado con el tiempo que hace. No me gusta el aspecto de esta tormenta. Es como si flotara algo maligno en el viento y no hay forma de cambiar un día así. Tiene voluntad propia.

Puse los ojos en blanco. Amma tenía una visión peculiar de las cosas. Cuando estaba de ese estado de ánimo, mi madre solía decir que se había puesto oscura, ya que mezclaba la religión con la superstición, de ese modo tan peculiar del sur. Así que cuando ella se ponía «oscura», lo mejor era no cruzarse en su camino. También era más conveniente dejar sus hechizos en los alféizares de las ventanas y las muñecas que hacía en sus cajones correspondientes.

Me metí en la boca otro tenedor cargado de huevo y me acabé aquel desayuno de campeones, huevos, jamón congelado y beicon, todo aplastado dentro de un sándwich tostado. Mientras me lo metía en la boca, eché una ojeada pasillo abajo, como de costumbre. La

puerta del estudio de mi padre todavía estaba cerrada. Solía escribir por la noche y dormía en el viejo sofá de su estudio durante todo el día, y así había sido desde la muerte de mi madre en abril. Igual podría haberse convertido en vampiro; al menos eso era lo que había dicho la tía Caroline cuando pasó con nosotros la pasada primavera. Probablemente había perdido la oportunidad de verle hasta la mañana siguiente. Una vez que se cerraba esa puerta, no volvía a abrirse.

Escuché un bocinazo procedente de la calle. Era Link. Cogí mi raída mochila negra y salí disparado por la puerta hacia la lluvia. Lo mismo podían haber sido las siete de la tarde que de la mañana, así de oscuro estaba el cielo. El tiempo llevaba así de chungo desde hacía unos cuantos días.

El coche de Link, el Cacharro, estaba allí en la calle, con el motor petardeando y la música a toda leche. Había ido a la escuela con Link desde que íbamos al jardín de infancia, cuando nos hicimos muy amigos a raíz de que él me diera la mitad de su Twinkie en el autobús. Sólo más tarde me di cuenta de que antes se le había caído al suelo. Aunque los dos nos habíamos sacado el carnet de conducir ese verano, Link era el único que tenía coche, si se le podía llamar coche a eso.

Al menos el ruido del motor ahogaba el estruendo de la tormenta. Amma permaneció en el porche con los brazos cruzados en un gesto desaprobador.

—Aquí no pongas esa música tan alta, Wesley Jefferson Lincoln. No te creas que voy a dejar de llamar a tu madre para contarle lo que hiciste todo el verano en el sótano cuando tenías nueve años.

Link se estremeció. No había mucha gente que le llamara por su nombre auténtico, salvo su madre y Amma.

—Sí, señora.

La contrapuerta se cerró de un portazo. Él se echó a reír e hizo patinar las ruedas en el asfalto mojado mientras nos separábamos del bordillo. Era como si estuviéramos fingiendo una fuga, que era cómo solía conducir él, pero eso era algo que jamás habíamos hecho.

—¿Qué fue lo que hiciste en mi sótano cuando tenías nueve años?

—¿Qué fue lo que no hice en tu sótano cuando tenía nueve años?

—Link bajó el volumen de la música, lo cual estuvo bien, pues era espantosa, seguramente para preguntarme si me gustaba, cosa que hacía todos los días. La tragedia de su banda, *Quién disparó a Lincoln*, consistía en que ninguno de ellos sabía tocar un instrumento ni cantar. Sin

embargo, Link no hacía más que hablar de tocar la batería con el grupo y marcharse a Nueva York después de la graduación para intentar conseguir cosas que probablemente no llegarían a suceder nunca. Tenía más posibilidades de colar una canasta de tres puntos borracho y con los ojos vendados desde el aparcamiento del gimnasio.

Link no tenía pensado ir a la universidad; sin embargo, me llevaba una ventaja. Sabía qué quería hacer, aun cuando fuera a largo plazo. Todo lo que yo tenía era una caja de zapatos llena de folletos de universidades que jamás podría enseñarle a mi padre. No me importaba donde estuvieran esas facultades, mientras fuera al menos a varios miles de kilómetros de Gatlin.

No quería terminar como mi padre, viviendo en la misma casa, en la mismo pueblo donde me había criado, con la misma gente que no soñaba siquiera con salir de aquí.

Flanqueaban la calle dos largas filas de casas victorianas que chorreaban agua; tenían el mismo aspecto que cuando las construyeron hacía más de cien años. A mi calle le habían puesto el nombre de «Cotton Bend» porque estas viejas casonas daban la espalda a miles y miles de plantaciones de algodón. Ahora daban la espalda a la Route 9, que era prácticamente casi lo único que había cambiado por aquí.

Tomé un donut rancio de la caja que estaba en el suelo del coche.

—Oye, ¿anoche me subiste una canción muy rara al iPod?

—¿Qué canción? ¿Podría ser ésta? —Link puso la última maqueta que habían grabado.

—Creo que tendrías que trabajarla un poco más. Como todas las demás. —Eso era lo que le venía diciendo todos los días, con unas palabras u otras.

—Oye, tú, lo mismo te tienes que arreglar un poco la cara después de que te de un buen par de guantazos. —Y esto era lo que solía responderme todos los días, con unas palabras u otras.

Pasé las canciones de la lista de reproducción.

—La canción creo que se llama *Dieciséis lunas*.

—No sé de lo que me estás hablando.

No estaba allí. La canción había desaparecido pese a que la había oído justo esa mañana. Estaba seguro de no haberla imaginado, pues aún la tenía en la cabeza.

—Si quieres escuchar una canción, espera a oír esta nueva. —Link bajó la vista para buscarla.

—Oye, tío, mantén los ojos en la calzada.

Pero él no alzó la mirada y por el rabillo del ojo, vi pasar un extraño coche justo delante de nosotros...

Durante un segundo los sonidos de la calle, la lluvia y Link se disolvieron en el silencio y pareció como si todo sucediera a cámara lenta. No podía apartar los ojos de ese vehículo. Era sólo una sensación, nada que pudiera describirse con exactitud. Y entonces nos adelantó, girando en dirección contraria.

No reconocí el coche, jamás lo había visto antes. Es imposible imaginarse lo raro que es eso, porque conocía todos y cada uno de los automóviles del pueblo. No había ningún turista en esa época del año. A nadie se le ocurriría correr el riesgo durante la estación de los huracanes.

Era largo y negro como un coche fúnebre. En realidad, estaba casi seguro de que lo era.

A lo mejor era un mal presagio. Quizás este año todavía iba a ser peor de lo esperado.

—Aquí la tienes: *Bandana negra*. Esta canción me va a convertir en una estrella.

El coche ya había desaparecido cuando él alzó la vista.

2 de septiembre

## UNA CHICA NUEVA

OCHO CALLES. ÉSA ERA toda la distancia que mediaba entre Cotton Bend y Jackson High. Si tuviera que vivir de nuevo toda mi vida, probablemente me la pasaría subiendo y bajando estas ocho calles, y desde luego fueron suficientes en aquel momento para sacarme de la cabeza al extraño coche fúnebre negro. Quizá por eso no se lo mencioné a Link.

Pasamos por el Stop & Shop, conocido también como el Stop & Steal. Era el único almacén de la ciudad y lo más cercano que teníamos a un 7-Eleven. Así que cada vez que quedaba en la puerta con mis amigos, lo hacía con la esperanza de no tropezarme con la madre de alguno comprando comida o peor aún, con Amma.

Distinguí el Grand Prix que me era tan familiar aparcado justo delante.

—Oh, oh. Fatty ya ha acampado por aquí.

Estaba sentado en el asiento del conductor, leyendo *Barras y estrellas*.

—Quizá no nos haya visto. —Link miró por el retrovisor, tenso.

—Nos han fastidiado.

Fatty era el encargado del instituto Stonewall Jackson para controlar a los que hacían pellas, además de un orgulloso miembro de la fuerza de policía de Gatlin. Su novia, Amanda, trabajaba en el Stop & Steal, y él aparcaba allí muchas mañanas a la espera de que salieran los productos de la panadería. Y eso era de lo más inconveniente si siempre llegabas tarde, como nos solía pasar a Link y a mí.

Desde luego no podías matricularte en el Jackson sin conocerte las rutinas de Fatty tan bien como el horario de tus clases. Fatty nos hizo señas de que siguiéramos adelante sin levantar siquiera la vista de la sección de deportes. Por hoy, nos dejaba pasar.

—Sección de deportes y un bollo pegajoso. Ya sabes lo que eso significa.

—Sí, que nos quedan cinco minutos.

Aparcamos el Cacharro en el p arking del instituto en punto muerto, con la esperanza de pasar desapercibidos ante el control de faltas, pero afuera diluviaba, así que cuando entramos en el edificio estábamos empapados y nuestras zapatillas hacían tanto ruido que, de todas formas, nos hubiera dado igual quedarnos all  parados.

— Ethan Wate!  Wesley Lincoln!

Permanecemos de pie en la oficina, chorreando, esperando nuestro parte de castigo.

—Ya empezamos llegando tarde desde el primer día del curso. Señor Lincoln, su madre va a tener unas palabritas con usted. Y no ponga esa sonrisita de suficiencia, señor Wate, Amma le va a moler a palos.

La señorita Hester tenía razón. Amma no iba a tardar en enterarse de que había llegado tarde ni cinco minutos, si es que no se había enterado ya. Así eran las cosas por aquí. Mi madre solía decir que Carlton Eaton, el jefe de la sucursal de correos, le a todas las cartas que consideraba medianamente interesantes, y ni siquiera se molestaba en sellarlas de nuevo después. Tampoco es que hubiera muchas noticias que lo merecieran. Todas las familias tienen sus secretos, pero todos en la calle las conocían, al igual que no había secretos.

—Señorita Hester, es que venía conduciendo despacio porque llovía mucho. —Link echó mano de su encanto, a ver que pasaba, pero la señorita Hester se bajó las gafas un poco y le devolvió la mirada, sin parecer encantada en absoluto. La cadenita que llevaba en torno al cuello para sujetar las gafas se balance o.

—No puedo perder el tiempo de charla con vosotros, chicos. Estoy ocupada rellenando vuestros partes de falta, así que ya sabéis donde pasar is la tarde: aquí castigados —dijo, mientras nos ofrecía a cada uno un papel de color azul.

Ya lo creo que estaba ocupada. Se ol a ya la laca de uñas incluso antes de que torci ramos la esquina. Bienvenidos.

El primer día de clase siempre es igual en Gatlin. Los profesores, que te conocían todos de la iglesia, decidían que eras listo o torpe en

cuanto pisabas la guardería. Yo era listo porque mis padres eran profesores. Link era idiota porque había arrugado las páginas del Libro Santo durante la Búsqueda de la Frase Bíblica, además de vomitar una vez en la fiesta de Navidad. Y como yo era listo, sacaba buenas notas en los exámenes; y como él era tonto, las sacaba malas. No creo que nadie se molestara siquiera en leerlos. Algunas veces escribía algunas cosas a boleo en mitad de mis ejercicios, sólo para comprobar si mis profesores me decían algo. Jamás me dijeron nada.

Por desgracia, no se aplicaba el mismo principio a los test multi-respuesta. En la clase de Inglés de primera hora, descubrí que la profesora, de setecientos años de edad, cuyo nombre era aunque parezca increíble, señora English, esperaba que nos hubiéramos leído *Matar a un rruiseñor* durante el verano, así que suspendí la primera prueba. Genial. Me había leído el libro hacía por lo menos dos años, pues era uno de los favoritos de mi madre, pero había pasado mucho tiempo y me confundí en los detalles.

Hay algo que pocos saben de mí: me paso todo el tiempo leyendo. Los libros eran lo único capaz de sacarme fuera de Gatlin, aunque fuera sólo durante un rato. Tenía un mapa en la pared de mi cuarto y cada vez que leía sobre un lugar que me gustaría conocer, lo marcaba en él. *El guardián entre el centeno* me había mostrado Nueva York. *Camino salvaje* me condujo a Alaska. Cuando leí *En el camino* añadí Chicago, Denver, Los Ángeles y Ciudad de México. Kerouac te podía llevar a casi cualquier sitio. Cada pocos meses, trazaba una línea para unir los puntos. Una fina línea verde que seguiría en un viaje por carretera el verano anterior a la universidad, si es que alguna vez conseguía salir de este pueblo. Me guardaba para mí solo lo del mapa y la lectura. En este lugar, los libros y el baloncesto hacían mala mezcla.

En Química no me fue mucho mejor. El señor Hollenback me condenó a ser compañero de laboratorio de Emily «Anti-Ethan», también conocida como Emily Asher, que se había jurado despreciarme toda la vida desde el baile del año pasado, cuando cometí el error de ponerme mis zapatillas Chuck Taylor con el esmoquin y dejé que mi padre nos llevara en el Volvo todo oxidado. Tenía una ventana rota que no podía subirse, de modo que el aire le destrozó su rubio cabello perfectamente peinado con rizos para el baile de promoción; para cuando llegamos al gimnasio parecía María Antonieta recién salida de la cama. Emily no me dirigió la palabra durante el resto de la noche y envió a Savannah Snow para que me plantara a tres pasos de la fuente de ponche. Eso fue realmente el final de la historia.

Ésta era una fuente inacabable de diversión para los chicos, que todavía esperaban que volviéramos a salir juntos. Lo que ellos no sabían era que a mí no me iban las chicas como Emily. Era guapa, pero eso era todo. Y mirarla no me compensaba de tener que escuchar lo que salía de su boca. Yo quería algo distinto, alguien con quien yo pudiera charlar de otras cosas que no fueran fiestas y quien iba a ser coronado en el baile de invierno. Una chica que fuera lista, o divertida, o al menos una compañera decente de laboratorio.

Quizás una chica cómo esa no fuese más que un sueño, pero desde luego cualquier sueño es mejor que una pesadilla, aunque ésta lleve una falda de animadora.

Sobreviví a la clase de Química, pero mi día empeoró a partir de ese momento. Al parecer, este año tenía que estudiar de nuevo Historia de los Estados Unidos, que era la única historia que se enseñaba en el Jackson, con lo cual sobraba el añadido. Me pasaría mi segundo año consecutivo estudiando «La guerra de la Agresión del Norte» con el señor Lee, que no estaba emparentado con el famoso general, pero, según lo que habíamos descubierto a estas alturas, él y el famoso líder confederado eran uno sólo en espíritu. El señor Lee era uno de los pocos profesores que me odiaban de verdad. El curso pasado, Link me había retado a que escribiera un ensayo titulado *La guerra de la agresión del Sur*, y él me suspendió. Al parecer, después de todo, algunas veces los profesores sí que se leían los trabajos de verdad.

Encontré un asiento al final de la clase al lado de Link, que estaba ocupado copiando los apuntes de cualquier clase anterior que se hubiera pasado roncando; sin embargo, dejó de escribir tan pronto como me senté.

—Tío, ¿lo has oído?

—¿Oír, el qué?

—Hay una chica nueva en el instituto.

—Hay una tonelada de chicas nuevas, imbécil, una clase entera de novatas.

—No estoy hablando de las novatas, sino de la chica nueva de nuestra clase.

En cualquier instituto, la llegada de una nueva alumna a la clase de segundo sería toda una noticia, pero esto era el Jackson, y no había llegado nadie a la escuela desde tercer grado, cuando Kelly Wix se mudó con sus abuelos después de que su padre fuera arrestado por regir un negocio de juego en el sótano en su casa en Lake City.

—¿Quién es?

—No lo sé. He tenido Educación Cívica a segunda hora con los colgados de la banda de música y ellos no sabían nada salvo que tocaba el violín o algo así. Me pregunto si estará buena. —Link tenía una mente como un disco con una sola pista, como la mayoría de los chicos. La diferencia estribaba en que la pista de Link terminaba directamente en su boca.

—Vaya, ¿es una de las piradas de la banda?

—No. Es música. Quizá comparta conmigo mi amor por la música clásica.

—¿Música clásica? —La única música clásica que había oído Link en su vida había sido en la consulta del dentista.

—Ya sabes, tío, los clásicos. Pink Floyd, Black Sabbath, los Stones... Me eché a reír.

—Señor Lincoln. Señor Wate. Siento interrumpir su conversación, pero me gustaría empezar la clase, si les parece bien. —El tono del señor Lee era tan sarcástico como el año pasado y su aspecto, con el pelo repeinado y grasiento y la cara picada, igual de malo. Nos repartió copias del mismo programa que debía llevar usando lo menos diez años. Este año se exigía participar en un acto *recreacionista* de la Guerra de Secesión. Pues no faltaba más, solo tenía que pedirle prestado un uniforme a uno de mis parientes de los que participan en eventos *recreacionistas* de fin de semana. Mira que suerte.

Después de que tocara el timbre, Link y yo nos retrepamos en el vestíbulo al lado de nuestras taquillas con la esperanza de echarle una buena ojeada a la chica nueva. Era para oírle, ella iba a ser su futura amiga del alma, colega de su banda y me recitó toda una serie más de afinidades de las que no me apetecía oírle hablar. Pero a la única cosa que conseguimos echarle una ojeada fue al buen trozo de Charlotte Chase que dejaba ver una falda vaquera dos tallas más pequeña de la suya. Lo cual significaba sin duda que no íbamos a pillar nada más antes del almuerzo porque nuestra próxima clase era Lenguaje de Signos Americano y no se permitía hablar de manera bastante estricta. Nadie era tan bueno con los signos como para deletrear «chica nueva», especialmente porque esa clase era la única en la que coincidíamos con el resto del equipo de baloncesto del Jackson.

Llevaba en aquel equipo desde octavo grado, cuando crecí quince centímetros durante el verano y al final me quedé una cabeza por encima de todos los demás en mi clase. Además, estás obligado a hacer algo normal cuando tus dos padres son profesores. Y mira por donde, yo era bastante bueno en baloncesto. Siempre parecía saber